

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid..	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Adulacion, por doña Rogelia Leon.—A la Excm. Sra. Doña Ángela Perez de Barrada, Duquesa de Medinaceli, poesia, por doña Faustina Saez de Melgar.—Estudios morales y políticos, III: *La Familia*, por D. Leandro A. Herrero.—*A Tamberlick*, soneto, por D. Vicente R. Jordan.—Galería Histórica, XIV: *La Princesa de los Ursinos*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Maria*, novela, por doña Faustina Saez de Melgar.—Revista musical, por D. Felipe Perez de Anaya.—Máximas—Esplicacion del figurin.—Esplicacion de la hoja de bordados, por Adelaida Montagnol.—Variedades.
Pliego sexto de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

LA ADULACION.

Tanto tiene de grata la adulacion al oido, como de pernicioso al corazon.

Hay quien la ama de tal modo, y la tributa un culto tan particular, que le seria imposible oir con paciencia el lenguaje de la verdad y la franqueza.

La adulacion tiene un encanto que seduce: encierra más atractivos que una mujer hermosa: nos sonríe de una manera singular: su voz es tan dulce

y sonora, que ninguna que oimos puede comparársela, ni aproximarse siquiera.

Yo creo que en el pecho de nuestra madre ya nos entusiasma y nos atrae con un imán poderoso.

Por poca edad que tenga un niño, decidle que es feo, y le vereis arrugar con indignacion el entrecejo, ó hacer esos graciosos *pucheros*, por los cuales se gana mil besos de la madre, que le adora con locura.

Si insistís en repetirle la frase, suele agotarse su paciencia, y levantando la manecita inocente en movimiento agresivo, la descarga en vuestro rostro con mucha gracia, y serio y sañudo, esclama si sabe hablar:—«¡Tú sí que eres feo, feísimo!»—Y despues esconde el enojado rostro en el seno maternal, sin querer veros ni oiros, sin que nunca se le olvide vuestro ultraje.

Si no, observadle cuantas veces os pongais en su presencia, cómo os mira receloso, sin ser vuestro amigo, hasta que le acariciáis y le llamais *bonito* mil veces con la mayor ternura.

Parece imposible que, tanto en la niñez como en la juventud, y aún en la vejez misma, no se separe

esa temible diosa de nuestro lado, causándonos graves perjuicios, y encadenando nuestra voluntad con su funesto imperio.

Decidle á un anciano que es viejo, y observareis que aunque su aplomo y esperiencia le obligue á disimular el desagrado, se quedará reflexivo, y buscará un pretexto cualquiera para reñir con el primero que pueda haber á su dominio, vengando en aquel la insolencia y descaro del otro.

Desde el día en que le llamais *viejo*, aquel hombre no es vuestro amigo, y aun cuando os sonría, será una sonrisa falsa la que os eche, velada con el manto del disimulo.

Y seguramente que en el resto de su vida siempre recordará con enojo vuestra pedantería y falta de educacion, pues tal suele llamársele á la franqueza, por más que se adorne con todas las frases más galanas y todos los atributos de la finura.

No hay educacion esquisita posible, si no sabeis adular.

No hay hombre atento y elegante si no sabe fingir.

Si habeis de ser sociable y querido, teneis que ponerlos al levantaros, antes que la camisa y la corbata, el antifaz de la mentira.

Una mujer os quiere con locura; es vuestra amiga ó vuestra amante; delira por vos, y os supone el hombre más hechicero del mundo; pues bien: llamadla una vez *fea* con seriedad, y vereis desaparecer el amor de su corazon, y hundirse el edificio de su constancia, y tornar sus almibarados ojos en dos saetas de odio, y esclamar iracunda y terrible:—¡Os aborrezco! ¡Sois insufrible, incapaz!

Ya podeis guardaros de ella, porque será mordaz y terrible, siempre que encuentre ocasion, y aunque no pueda dejar de amaros, conservará en el fondo de su alma una amarga frialdad y un resentimiento inestinguible.

Si quereis que se doble y que estalle, alabad otra mujer en su presencia. ¡Oh! eso es tan intolerable para las mujeres, casi casi como el llamarlas *feas*.

Este titulo solo las hermosas lo reciben con la sonrisa en los labios; porque el espejo les muestra cada minuto su belleza, y creen una lisonja ó una flor aquel nombre que por ningun estilo les pertenece.

Pero la que está algo dudosa de su mérito, recibe una saeta en el corazon cada vez que escucha la horrible verdad que la espanta.

Aun al hombre más varonil y despreocupado tampoco le dan ganas de reir, ni le causa gozo el que le indiquen su poco mérito, ó prefieran á otro en su presencia.

La dignidad de hombre le hará disimular el desagrado; pero sentirá un disgusto interior, que no se desterrará fácilmente.

Y aun es más intolerable todavía tratándose de defectos morales, hijos del mal carácter, ó de una educacion torcida, las más veces.

Ninguno conoce sus yerros: todos creen ser modelos de perfeccion, y el que les aconseja ó les tacha un hecho con verdadero interés, es destituido de la estimacion de aquel que trata de corregir y enmendar.

En el número de los amigos de un hombre existe uno que no sabe jugar el sainete de la vida humana; que es generoso, leal, franco, verdadero..... ¿creeis que será el más querido? ¿Creeis que obtendrá la preferencia? Os equivocais.

Poco á poco irá observando frialdad en su amigo: evitará las ocasiones de llevarle á su lado, sus conversaciones serán menos frecuentes, empezarán las reticencias, las medias palabras, el lenguaje indiferente, hasta que se rompa de un todo el lazo de la amistad.

Silos defectos de la naturaleza no pueden corregirse, ¿por qué no dejamos al menos que nos corrija los que forma la costumbre, el mal ejemplo, ó el descuido de nuestros padres ó tutores?

¿Por qué al hallar un amigo que nos pone de relieve nuestros defectos ó ridiculeces no le conservamos como una joya preciosa, y procuramos no separarnos de él nunca? ¿Será tal la miseria de nuestra condicion humana, que aborrezcamos la voz del corrimiento verdadero y la razon para escuchar solo lo que nos perjudica?

¿No está en nuestros propios intereses el aprender á conocernos, y enmendarnos en aquello que depende de nuestra misma voluntad?

¿Pues por qué ese deseo de que todos nos digan lo contrario de lo que somos, para hacer de nosotros necios autómatas, ó ridiculos entes que sirvan de juguete á los demás?

¡Infelices poderosos!..... ¡Desgraciados potentados! ¿Cómo se ensaña en vosotros la falsa adulacion!.... Los que os rodean temen disgustaros, y os engañan siempre.

Hacen un impío comercio de vuestras cualidades

y desde la cuna hasta que se agobia vuestro cuerpo con la vejez, pulula la mentira á vuestro alrededor, y solo en las antesalas ó en las caballerizas, es donde se escribe la biografía y el panegírico de vuestras costumbres, ridiculizándolas y escarneciéndolas sin piedad.

En los lujosos gabinetes, solo encontrareis amores, poesía, grandeza, prosperidad y cariño, y servilismo en los inferiores; pero descendid un poco, bajad algunos escalones, y vereis en girones roto y destrozado vuestro honor.

El poderoso, jamás tiene conocimiento de sí mismo, la adulación se encarga de velar su vista constantemente.

Solo el pobre, el que nadie cree útil para nada, llega á saber la verdad de la condicion humana.

Á ese, jamás se le ocultan sus defectos. ¿Á qué ese trabajo?

Ya que la cabeza lucha en el arte palaciego, que sea al menos con utilidad.

La adulación no busca los miserables, ni los inútiles. Seria tiempo perdido; pero apenas conoce que se puede comerciar en algo con un sér, la vemos á su lado, como la sombra de su cuerpo, como el iman de su existencia.

En los cambios de fortuna, es donde, con alguna facilidad, suele el hombre ver la falacia de esa diosa querida.

Mientras que la grandeza, el lujo, el oropel, rodean á un hombre, vuela en torno suyo, á manera de mariposa que se aproxima con ahinco á la luz más esplendente; pero al verle caer del pedestal de la riqueza, la mariposa huye asustada, y busca otro palacio y otro señor, y varia sin pena ni cuidado, como la coqueta sus amantes.

Nada le importa el abandono en que queda su antiguo. Ve de lejos, riendo á carcajadas, cómo huye el enjambre de aduladores que ella sostenia, agarrándose á las gradas del que sube, por donde hace poco bajó su favorito.

Es un precioso cuadro que deberian estudiar los hijos de la fortuna, para no enorgullecerse ni elevarse en tan pobres ni frágiles cimientos.

Todos, en más ó menos escala, vivimos infatuados, con méritos que no poseemos moral ni físicamente; pues la adulación se encarga de vendarnos los ojos como á Cupido, y nosotros, que tanto la amamos, hacemos el papel de idiotas á las mil maravillas! Ella, entre tanto, se burla de nuestra honra,

y se divierte á su sabor al ver la maldicia taparse la boca, por no soltar una carcajada estrepitosa.

La mujer, que tanto necesita conocerse para no verse vendida y engañada, debería emplear mucho estudio en distinguir la verdad de la adulación.

Apenas nace una niña, se la empiezan á decir mentiras, por adular á los padres. Se la llama *hermosa*, aunque no lo sea. Destruyen su rostro á besos aquellos mismos que si la viesen huérfana y sola no echarian en su pequeña manecita una limosna, ni la prestarian un consuelo por no hablar.

La niña que lleva botitas de charol, encajes, costosos sombreritos y rugiente seda, siempre es bonita; muy bonita.

Despojadla de sus atavíos, que empobrezcan sus padres, y vereis cómo se vuelve fea.

Si antes era blanca, será despues morena: los ojos grandes se volverán pequeños; la boca chiquita, podrá llegar á ser hasta una boca de caiman; si se sienta á vuestra mesa por compromiso y devora vuestras viandas....

¡Miseria humana!.... cuadro angustioso, pero verdadero. Solo el que se encarga de estudiar el corazon humano, ó se ve en circunstancias análogas podrá saber estas verdades. Tambien las conocen á fondo los que han luchado con vicisitudes grandes.

Ahora bien; la mujer pone la planta en el dintel de ese magnifico palacio que llaman mundo, se adorna con esmero, aumenta sus perfecciones á fuerza de galas, y ciega como la fé, emprende su camino, escuchando las adulaciones que corren á su oido, y recogiendo las flores que arrojan á su paso.

Cada cual espera sacar el fruto de las semillas que esparce, y aguardando favores en cambio de frases lisonjeras, las prodiga sin cesar, y la inocente tórtola las acoge, guardándolas con esmero.

Tantas y tantas reúne, que no puede con ellas, y juzga pequeño su ser y cuanto le rodea para colocarlas.

Entonces el orgullo se apodera de la situacion y viene en su auxilio; pero aun es poco para sostener tanto viento reunido en una sola cabeza; porque solo se colocan en ese sitio, viéndose rechazados de continuo por el corazon.

Entonces la vanidad ayuda al orgullo, y si no es bastante, el despotismo y la altanería la acompañan, y cuando falta aun ayuda, el descaro se encarga de mucha parte del trabajo que se ha de hacer.

Aquella que ayer era una pobre niña, hoy se ve

rodeada de tanto magnate, dispuesto á servirla humildemente, que casi necesita formar un mundo nuevo para establecer su servidumbre.

¡Pobre mujer! ¡y qué caros suelen costarle tantos favores!

La menor de sus desgracias es perder sus simpatías y el encanto que había conquistado en su infancia con su modestia y sencillez.

Y luego, más tarde, cuando tiene que ser madre de familia, cuando solo ha de vivir al lado de un hombre que la ama demasiado para adularla, que no sabe buscar frases fingidas, ni dramáticas miradas, ni ademanes apasionados y tristes, ¿cómo sabrá apreciar la lealtad y honradez de aquel sér natural y pacífico, habiéndose acostumbrado á esa tragedia continua, á esos volcánicos Otelos, á esos Lovelaces seductores, á esos galantes Tenorios?

Paralelo triste ofrece el paciente marido con esos héroes de novela, si la mujer no tiene talento suficiente para comprender y apreciar el verdadero valor de un hombre honrado.

¡Infeliz la que se deja llevar por la senda florida de la adulacion! Caminará entre rosas y jazmines hasta llegar á un sombrío campo de zarzas y ortigas, viniendo á dar al fin en un precipicio sin fondo.

ROGELIA LEON.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA ANGELA PEREZ DE BARRADA,

DUQUESA DE MEDINACELI.

¡Salud, señora! Mi cansada lira
Que en el ocio dormía descuidada,
Hoy se despierta, y con amor te envía
El himno que gozosa te consagra.

Quiero cantar, porque tu nombre ilustre
Llenó mi pecho de emociones gratas,
Y tu bondad al corazón doliente
Supo arrancar su decepcion amarga.

¡Oh! Yo anhele cantar, y que mi acento
Se eleve entre los pliegues de las auras;
Ensalzando tu nombre y tus bondades,
Que al genio acoges y al artista halagas.

Bendita seas tú..., que protectora
La mano tiendes á la Diva casta,
Á la diosa del arte y del talento,
Que se esconde del mundo avergonzada.

Avergonzada, sí; pues hoy se mira
Á la ambicion indigna postergada;
El mérito se olvida, y halla el premio
De la servil adulacion la audacia.

Es muy frecuente ver en las regiones
Del poder, de la dicha y de la fama,
La torpe hipocresía de los necios
Alzarse impura de su suerte en alas.

Es muy triste mirar cómo ese mundo
Aplaude con pasion exagerada
A la rosa que ostenta su hermosura,
Meciéndose al compás de su arrogancia.

¡Siempre es ciego el poder! Siempre ignorante
No ve que el genio sus fulgores guarda,
Velado entre las sombras del misterio,
Cual viola que oculta su fragancia.

Triste, muy triste es, noble señora,
Ver del talento la sublime llama
Apagarse del cierzo á los rigores,
Ó falta de entusiasmo marchitada.

Esta verdad que el corazón lacera,
Tú la comprendes, generosa dama,
Y animas con la fé de tus creencias
Al númen que se estingue y que se apaga.

¡Gloria por siempre á tí!... ¡Gloria, señora,
Si al arte moribundo tú realzas,
Y arrancas del olvido un solo rayo
De ese sol que en tinieblas se eclipsará!

Siempre la ingratitud fué del poeta
El galardón que le otorgó la patria,
Si estímulo encontró, no fué en el tronco,
Sino al abrigo de frondosas ramas.

¡Ah, ¡sé la rama tú! sé tú la aurora
Que con vívida luz inunda el alma;
Astro de inspiracion que en sus reflejos
Encienda de la fé la pura llama!

Sé la egida del genio moribundo,
Sé del arte la antorcha sacrosanta,
Que al dar brillo á la escelsa poesía,
Tu sien coronas de gloriosa palma.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Mayo 11.—1865.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

LA FAMILIA.

III.

Hemos visto por los estudios anteriores que el progreso social es una consecuencia inmediata de la bien entendida organizacion de la familia, y que sin este principio no es posible ni perfectibilidad ni civilizacion. En efecto: si aspiramos á que la vida pública se desenvuelva á la sombra de la armonía majestuosa del progreso; si aspiramos á realizar conquistas magníficas en el campo de la verdad; es indispensable abrigar con eficacia la vida de la familia, que es el núcleo poderoso de donde dimana la vida del Estado.

Para esta empresa grandiosa basta un solo medio: la rehabilitacion de la mujer para el cumplimiento de su destino.

Indudablemente, la mujer ha de obrar el prodigio: y si nosotros fecundamos su corazon con los grandes principios que han de desenvolver el germen de sus hermosos sentimientos y privilegiadas facultades, de seguro que creamos un poder universal, para el que no habrá obstáculos ni entorpecimientos. Así, si enriquecemos el corazon de la mujer, si desenvolvemos su vida moral, desenvuelta y enriquecida quedará la vida del Estado; porque la mujer es el alma de la familia, raudal de la vida social, porque ella misma es la fuente viva que nutre el rio de la patria, porque en su seno residen los gérmenes de las generaciones, y en su alma la vida moral de ellas.

El poder de la mujer se nutre de lo bello, de lo bueno, de lo armonioso, y revestido de estos triples atributos, adquiere la virtud de suavizarlo todo, de trasformarlo todo.

Así, en la vida doméstica la mujer, no solo graba la tradicion del progreso en el alma de sus hijos, sino que la imprime en la de su esposo, en todo lo que recibe su aliento soberano: es la imágen de la vida que se desvela por que no se estinga la vida; es el custodio de la armonía, que vela con sus alas nacaradas para depositarla íntegra y pura en el seno de la humanidad.

No hay nada en el mundo que se resista á ese poder dulce y afectuoso, que á sí mismo se levanta una soberanía llena de arreboles de suavidad, que encantan y seducen á las almas generosas; bajo la planta de la mujer parecen encorvarse las espinas del mal, y elevarse la flor del bien, engalanada con su lozanía y perfumes de primavera: compañera del hombre, su existencia es la espresion de un eterno sacrificio en aras de su bienandanza y alegría: madre de sus hijos, parece el genio de la armonía, que vela por la cuna de rosas de las generaciones, mecida blandamente al arrullo de sus besos, y á compás de la melodía de su voz, que se dulcifica entonces más, para rodear de gracia y de dicha aquel estado casi inerte de la vida.

Así, la mision de la mujer se levanta en este mundo sobre todas las cosas, y no solo decide el presente y el porvenir, sino que es el alma de ese presente y de ese porvenir, bases firmísimas del monumento fecundo del progreso del linaje humano. ¡Prodigio soberano! En la misma ola de la vida doméstica, que engrandece el cauce del rio social, el germen prolífico de la vida, la tradicion de la vida, la armonía de la vida! Y estos tres perfumes, que, como en el seno de una flor, se esconden en el de la mujer, forman el todo de esa civilizacion que ella enriquece á través de las edades. La fiereza agreste del hombre, sér fuerte y de pasiones impetuosas, amansada, dulcificada, estinguida por la dulce condicion de la tierna esposa, esa gerarquía augusta de la mujer, que merece epopeyas: la débil condicion del hombre niño, amparada, custodiada, sirviendo de elemento á su futura grandeza por la madre, esa figura majestuosa y grandilocuente, que merece el título de *Providencia humana*; y si á las magnificencias de este poder de la mujer añadimos las que se conquista en la vida pública, como ciudadana y como partícipe de la gloria de nuestras instituciones, tendremos que la mujer es el resumen, el conjunto de las armonías del progreso.

Rousseau nos regaló una teoría salvaje, y ha te-

nido culto muchos años, siendo origen de no pocos crímenes y estravíos: en la actualidad no escribimos filosofías que clasifican á la mujer relegándola al género de las máquinas, cuyos resortes funcionan en agrado de un hombre, todo carne, cuyas pasiones envilecidas necesitan sostenerse por la estrategia de una triste mujer, que aprende de memoria un código de impudencia; pero si no escribimos estas teorías anti-humanas, en cambio nos adormecemos al eco alegre de una gacetilla, que toma sus galas chispeantes de los defectos de la mujer, sin que sus virtudes nos inspiren una obra útil. ¡Así progresamos en la vida intelectual, y así enriquecemos la vida pública, saboreando *il dolce far niente* que exhalaba una redondilla, en que hasta la poesía adopta el estrago para agradar! ¡Así civilizamos á nuestras hordas de celibatos, á nuestros especuladores de matrimonios, á nuestra juventud sedienta de vicios y placeres, tres tipos funestos del mundo moderno, que forman esa tribu errante y merodeadora, para cuyo corazón de estuco no tiene un encanto el divino ideal de la familia, y para cuya alma degradada solo guardan ventura las emociones de la barbarie, ó el hielo de una indiferencia cruel!

Para que la verdad del progreso aparezca radiante en la esfera del mundo, es preciso que fecundemos la planta viva de las generaciones, que arraiga en el hogar de la familia: la mujer es el aroma de esa planta, restaurémosla, y sus benditas ondas se esparcirán en los aires en todas direcciones, formando las ramas sublimes y maravillosas de ese árbol eterno de las magnificencias humanas, que se llama *civilización*.

LEANDRO A. HERRERO.

Á TAMBERLICK.

SONETO.

¡Oh, Tamberlick! ¡artista consumado!
¡Genio sublime que mi mente admira!
Pulsar quisiera la acordada lira
Y dulces versos dedicarte osado.

Tal vez mi audacia hubieran disculpado,
Si digno fuera el canto á quien lo inspira,
Mas no lo espero, cuando en vano aspira

Mi pobre númen á dejarme honrado.

Falto de inspiracion, á ti me llevo:
Pero comprendo, por fortuna mía,
Que alimenta tu sér sublime fuego,
Que siempre el mundo conservar querría,
Y que para premiarte el hombre, loco,
Cuanto entusiasmo te tribute es poco.

VICENTE R. JORDAN.

GALERÍA HISTÓRICA.

XIV.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS.

Cuando por la muerte de Carlos II *el Hechizado*, la corona de España, no sin aquella famosa guerra de sucesion que por tan largo tiempo ensangrentó el suelo patrio; la corona de España, decimos, ciñó las sienes de Felipe V, rey que inauguraba la dinastía borbónica, una de las primeras medidas que Luis XIV tomó en beneficio de su nieto, fué el proporcionarle el enlace con la hija del Duque de Saboya, Víctor Amadeo, primer príncipe que habia reconocido al nuevo rey de España.

Partió Felipe V á Figueras á recibir á su esposa la joven soberana María Luisa, y en el mismo lugar del desembarque, y por orden de Luis XIV, fué despedida toda la comitiva piamontesa. Solamente, y en concepto de camarera mayor, permitieron al lado de la reina una mujer ilustre que, buscada por el mismo rey de Francia, se hallaba destinada á representar un papel tan importante en la corte de España y en la política de aquellos tiempos, que viene á constituirse en uno de los personajes principales de la época; esta mujer, de la noble familia de la Tremouille, hija de Luis, duque de Noirmoutiers, se apellidaba Ana María, princesa de los Ursinos.

Dotada de un talento superior, con una ambicion sin límites, y con sin igual sagacidad para disponer intrigas, ninguna más á propósito que ella para estender su dominio en la política de aquellos tiempos: habia leído mucho, meditado mucho y tratado con frecuencia á las gentes más elevadas: su porte era majestuoso, y su gracia y finura resaltaban hasta en la cosa más insignificante; difícil era resistir su conversacion deliciosa y chispeante; imposible no acatar su entendimiento, y, por último, su noble

figura y su rostro encantador, aunque no bello, de tez morena, ojos azules que espresaban en una mirada más que todas las palabras, convertían á la princesa de los Ursinos en una sirena fascinadora.

Había vivido algun tiempo en España con su primer marido Adriano de Talleyrand; muerto este en Roma, conoció á Porto Carrero, ministro entonces de Carlos II cerca de la Santa Sede. Casó allí en segundas nupcias con Flavio de Orsini, duque de Bracciano, cuyo apellido tomó; viuda segunda vez, encantando con su talento en Roma, fascinando más tarde en Versailles, se hizo allí íntima amiga de la célebre Mad. de Maintenon, y á su influjo debió el que Luis XIV la nombrase aya de la jóven reina Maria Luisa.

Alarmado el emperador de Alemania de las agresiones cometidas en Italia por el rey de Francia, quiso vengarse en su nieto apoderándose de los Estados que en aquella tierra poseía el monarca español, y ligándose con Inglaterra y Holanda, consiguió algunos efímeros triunfos que rechazó con valor heroico el virey de Nápoles, duque de Medinaceli.

Felipe, queriendo disipar con su presencia las alteraciones de Italia, se trasladó á aquel país encomendando el gobierno interior á su esposa, asistida de un Consejo. La vida y la luz del gobierno interior lo constituyó la princesa de los Ursinos; ella, y solo ella, reflejo vivo de Luis XIV, llevó las riendas de la política, alzándose superior, no solamente á las eminencias de su sexo, sino á muchos sabios y prácticos varones.

La guerra de sucesión se declaró abiertamente; ya no eran simples conspiraciones lo que alteraban el ánimo de Felipe V, sino batallas campales mandadas por un pretendiente brioso y esforzado, derrotas sangrientas en los campos de Almenara y Zaragoza, alzamientos imponentes, donde Cataluña y Aragon, con el resto de la Coronilla, proclamaban al archiduque Carlos como á la tradicional figura de la veneranda dinastía austriaca; pero el ángel del estérmino aplacó sus iras, la política del gabinete venció á la lógica de los combates, y abandonando la Península las tropas de Carlos, entró Felipe en la pacífica posesión del reino, no sin iluminar su camino con el incendio de Barcelona, privilegiada ciudad que en todas épocas ha sido paladion de héroes ó mártires.

Como si la Providencia no quisiera permitir á Felipe un goce completo, el año de su triunfo fué

el último de la reina Maria Luisa de Saboya; su muerte causó tan profunda melancolía al rey de España, que abandonando los cuidados del gobierno al cardenal Giudice, se retiró á habitar el palacio de Medinaceli.

La princesa de los Ursinos, que no habia perdido un átomo de influencia, fué la única persona que en aquellos momentos el rey no apartó de sí, antes más bien con cariñoso anhelo quiso que habitase junto á él; y como el palacio de Medinaceli no fuese capaz para colocar la servidumbre, diósele á la princesa habitacion en el contiguo convento de Capuchinos, trasladando interinamente á otro los religiosos, y abriendo en el edificio una puerta y galería de comunicacion con las habitaciones del monarca. La princesa, que continuaba en palacio con el carácter de aya del príncipe y los infantes, aprovechó, con su acostumbrada sagacidad, esta nueva prueba de la real simpatía, disponiendo á su sabor de los sitios principales del Estado, y manejando á su arbitrio las riendas de la política.

Un hombre de claro talento y de indomable osadía habia de ser la valla donde se estrellaran tantas ambiciones: Julio Alberoni, célebre abate encargado de los negocios del duque de Parma en Madrid, político astuto y aleccionado, deseoso de dar al traste con la fortuna de aquella mujer á quien tal vez consideraba ya como rival en sus elevados pensamientos, la aconsejó con sagacidad que el solo medio de conservar el favor que gozaba, era negociando el matrimonio del Rey con una mujer que, como Isabel de Farnesio, heredera del Ducado de Parma, reunia á su natural debilidad un talento escaso, fácil de manejar; cayó la de Ursinos en las redes, y facilitó su matrimonio para su ruina.

La nueva reina emprendió su viaje para España. El rey salió á esperarla á Guadalajara, y la princesa se adelantó hasta Jadraque. No debia venir poco instruida Isabel de Farnesio de las circunstancias en que la de los Ursinos se encontraba, ni tampoco la nueva reina debia ser en debilidad lo que Alberoni imaginaba, porque la acogida que de la reina tuvo la princesa de los Ursinos fué á todas luces desventurada; hubo de tener la favorita la mala tentacion de hacer á Isabel alguna reflexion familiar, cuando esta, tomándola por desacato, y encolerizada en sumo grado, apartó de sí á la princesa, y llamando al jefe de la guardia, le gritó: «Sacad de aquí á esta loca que se atreve á insultarme.» Y sin dar tiempo á

la de los Ursinos á tomar otro traje, dió orden para que la metieran en un coche, y la llevaran fuera del reino. Acompañada solo de una doncella y de dos oficiales de Guardias en una madrugada horriblemente fria, aquella mujer que habia ocupado el rango de soberana, sin pronunciar una palabra, luchando entre la ira y la conformidad, sin provisiones y sin ropa, continuó su camino tres dias, al cabo de los cuales la alcanzaron sus sobrinos el príncipe de Lenti y el conde de Chalais con una carta del rey, fria y desdeñosa, en la que le daba permiso para detenerse donde gustase, y le ofrecia el pago más fiel de sus pensiones. Así se deshizo en un momento aquel coloso de ambicion y poder.

Sin una lágrima, sin una queja llegó á París, de donde á su vez fué arrojada á Holanda, cuyo gobierno la recibió con desagrado. Errante por diferentes córtés de Europa, halló por último un asilo en Roma, donde el presidente Jacobo Stuard la buscó para aleccionarse en las intrigas de la política, y en la compañía de cuyo príncipe murió esta ilustre proscriba en 5 de diciembre de 1722 á la edad de ochenta y un años.

Vivo ejemplo de la inconstancia de la fortuna y de las veleidades de la política, la princesa de los Ursinos será en nuestra historia un tipo prodigioso de talento, de astucia y de resignacion.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

MARIA,

NOVELA ORIGINAL.

DEDICADA

Á LA SEÑORA DOÑA MARIA ODIAGA DE LLUCH.

Mi querida amiga: hace mucho tiempo que la más tierna simpatía enlaza nuestros corazones; quizás por esto, y por la dulce amistad que nos une, encuentras bello cuanto escribo, y aplaudes con entusiasmo mis pobres creaciones, por humildes y sencillas que estas sean.

Tu indulgencia, tu bondad para conmigo, y el cariño que te profeso, me imponen el deber de consagrarte alguno de mis trabajos literarios, no hallando por de pronto otro mejor que este ligero juguete que lleva tu nombre. Admítele, querida mia, con tu natural benevolencia, mirando en él, no la obra de la escritora, sino el ensayo de la novel poe-

tisa. La escribí cuando contaba trece años, siendo esta mi primera novela. Si algun mérito tiene, será este; ni puede concedérsele otro, ni yo quiero presentarla hoy al público corregida; déjola conforme salió de mi pluma en aquel tiempo, y te la dedico por que sé cuánto apreciarás este detalle de mi adolescencia, de mis primeros pasos en la carrera literaria. Acógela, pues, como un leve testimonio de mi amistad, como la ofrenda de mi cariñosa ternura,

Tu apasionada

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

22 de mayo de 1865.

MARÍA.

En una mañana del mes de enero, fria y nebulosa, atravesaba una de las calles más solitarias de Madrid una jóven pobremente vestida, pero muy hermosa; en su semblante simpático y expresivo se veia impresa la huella de una melancolía desgarradora, y que denotaba igualmente en su traje la miseria más espantosa.

Llegó con actitud triste y pensativa á la puerta de una tienda de comestibles, situada en el extremo de la calle, y se detuvo temblando; por fin, venciendo su timidez y su vergüenza, se decidió á entrar.

Habia una mujer, sin duda dueña de la tienda, á la que saludó; y sin que la devolviera su saludo, con voz áspera y desapacible la dijo:

—¿Me traes mi dinero?

—Señora, balbuceó la jóven, cubriéndose sus mejillas de un vivo encarnado.

—Es que no me vengas con melindres, que necesito mi dinero, y no puedo esperar más tiempo.

—Me es imposible pagar á Vd. ahora: no tengo dinero ni trabajo. En la tienda que me daban costura se ha cerrado, y no quieren en ninguna otra fiarme ninguna pieza, porque no me conocen.

—Yo no tengo que ver con eso: hace mucho tiempo que llevas comestibles, y no he recibido un cuarto todavía.

—Es verdad, señora, pero en cambio he dado á Vd. mi vestido hasta tanto que pueda pagar, y si usted quiere...

Y la manifestó tímidamente un pañuelo grande y casi nuevo que llevaba envuelto en otro pequeño.

—Á ver, dijo la vieja examinándole.

—Es casi nuevo, contestó la jóven; le compré mi

pobre madre antes de morir, y es lo único que me queda de algun valor.

Y á este recuerdo, los ojos de la hermosa niña se llenaron de lágrimas.

—Bien, me quedo con él por favorecerte; y te daré comestibles para unos días.

La puso en un pañuelo patatas y arroz, y además otras legumbres, lo tomó la jóven, y dando las gracias, salió de la tienda limpiándose los ojos.

Caminaba triste y pensativa, cuando un jóven, elegantemente vestido, se acercó á ella, y con voz melosa, la dijo:

—María, ¿pero sigues en tu tema? ¿No me concedes ni una mirada?

—Déjeme Vd. en paz, caballero.

—Siempre inexorable, y tan cruel como hermosa.

—No me detenga Vd., que llevo prisa.

—Pues, escúchame.

—Déjeme Vd., Paco.

—¿Por qué no correspondest á mi amor y saldrás de la miseria y la pobreza? Yo soy rico; te daré oro cuanto quieras.

—No le necesito.

—¿Y por qué no me amas, ingrata?

—Porque prefiero sufrir pobre y honrada, á tener placeres y riquezas sin honor.

—Pues sufre y padece hasta que te canses, que al fin y al cabo serás rica.

La hermosa jóven le dirigió una significativa mirada de desprecio, y acelerando el paso entró en una miserable casa de la calle del Sacramento, donde tenía su habitacion en el quinto piso. Llamó suavemente á la puerta, y un niño de unos cinco años, saliendo á abrir, la dijo con acento infantil:

—¡Cuánto has tardado, hermana! Tengo tanta hambre, y papá te ha llamado más de diez veces, porque tenia mucho frio.

—¡Ya te traigo de comer, hijo mio! ve á encender aquel poquito de carbon mientras yo veo á papá.

El niño, saltando de gozo, obedeció á su hermana, y la jóven se dirigió á la única habitacion que tenían, donde sobre un miserable jergon estaba acostado un anciano paralítico, y en cuyo rostro estaban marcadas las señales de una fiebre continua y de la miseria más espantosa.

—María, dijo con voz débil al ver á la jóven, tráeme un poco de merluza, por Dios, que me muero de hambre.

—Padre mio, le respondió la jóven, arrodillándose

junto á él: no tenemos merluza; le daré á Vd. un poco de arroz cocido.

—No quiero arroz, que me hace daño; tráeme merluza.

—¡Ah! ¿con qué la he de comprar?

—¿No tienes dinero?

—No, señor, no me han pagado en la tienda todavía.

Y se puso encarnada al decir esta mentira. Pero la noble jóven no quiso revelar á su padre el estado de miseria en que se encontraban, por no acibarar más los pocos días que le restaban de vida al pobre anciano.

—Pues bien, hija mia, pide á cualquier vecino; anda, no me repliques; tráeme merluza, que no tardaré muchos días en morirme, y entonces te pesará no haber dado gusto á tu padre.

Iba á replicar María, pero el anciano, con tono colérico, la dijo:

—¿No me la traerás? Este es el pago...

—¡Por Dios, padre mio! cálmese Vd., que yo iré por ella.

Y salió llorando á la escalera; pero el niño la cogió del vestido, y la dijo:

—No te vayas, hermana, dame antes de comer, que ya está la lumbre encendida.

—Sí, vengo en seguida. Pon agua á calentar en un puchero, y ten cuidado de padre.

Y desasiéndose del niño, que se quedó llorando, bajó á la calle, y dirigiéndose á la plazuela más cercana, preguntó á cómo estaba la merluza.

—Á seis reales la libra, la dijeron.

—¡Ah! murmuró, ¡solo tengo cuatro cuartos para un panecillo!...

En esto acertó á pasar una señora anciana que llevaba peluca: al verla, una idea repentina exaltó á la hermosa jóven, y se dirigió precipitadamente á una peluquería.

—¿Qué se la ofrece á Vd., jóven? la dijo un viejo repugnante y de mal gesto, que la salió al encuentro.

—Quería..... vender..... mi cabello. Y los sollozos que se esforzaba en reprimir, la ahogaban la voz. Con una mano enjugaba las lágrimas y con la otra se quitaba las horquillas y el cordón.

El peluquero se quedó admirado al ver las hermosas trenzas de la jóven, de un negro limpio y lustroso como el terciopelo, y que, sentada en la silla, llegaban al suelo.

Las examinó detenidamente, y aunque el placer brillaba en sus ojos, dijo con la más fría impasibilidad:

—Están muy mal cuidados, señora; pero, no obstante, si tiene Vd. una gran necesidad se los compraré por hacerla un bien.

—¡Oh! sí, sí, porque mi padre se muere de hambre, y es lo único que me resta que vender.

—¡Pobre jóven! dos pesetas le doy por ellos. ¿Le acomoda?

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

REVISTA MUSICAL

Teatro Rossini.—Inauguración de la presente temporada y estreno de la ópera en cuatro actos **El Profeta**, el día 21 de mayo de 1865.

El improvisado coliseo de los Campos Eliseos ha abierto sus puertas en esta segunda temporada con la grandiosa y magnífica ópera de Meyerbeer, titulada *El Profeta*, de la que tan solo teníamos una ligera y recortada idea, por haberla oído hace poco en el Teatro Real. Como se ha dicho, y es verdad, que las comparaciones suelen ser odiosas, omitimos hacer uso aquí de una que vendría muy á cuento, porque acaso redundara en beneficio del público, amante de estos espectáculos. Nos limitaremos, pues, únicamente á hablar de la representación de la citada obra en el teatro Rossini.

El Profeta fué estrenado en el teatro de la Gran Ópera de París el 16 de abril de 1849, y en él se encontraba el ilustre compositor en el terreno propio, que necesitaba para producir grandiosos efectos. En un principio, su éxito fué dudoso, no tan solo por parte del público, sino entre los artistas y críticos que titubeaban sobre el juicio que debían hacer de esta partitura. Pero á cada representación era mejor comprendida, é iba produciendo el gran resultado que su autor esperaba. La incertidumbre provino de que en esta ópera no se advertían las mismas bellezas que en las anteriores *Roberto* y los *Hugonotes*; y así debía ser por la naturaleza distinta del asunto que se iba á espresar, al cual siempre se ha acomodado Meyerbeer estrictamente, y aun casi con exageración.

El elemento principal de estas obras consiste en

que su interés se aumenta progresivamente, siendo, sin embargo, de distinta índole en cada una de ellas. Las bellezas de sentimiento y las bellezas de concepción constituyen las dos principales divisiones estéticas de la música teatral; porque en el arte hay imaginación é inteligencia. Las tres facultades de la organización humana que son la imaginación, el sentimiento y la razón, corresponden respectivamente á las tres condiciones que dominan en las producciones del arte dramático, esto es, el ideal, la pasión y la verdad relativa del asunto. La imaginación se junta unas veces al sentimiento, otras á la inteligencia; en un caso nos conmueve con viva impresión, pero es vaga en su objeto, y algun tanto inesplicable; en el otro se eleva á la grandiosidad, produciendo la admiración. El primero de estos efectos es empleado en la apasionada y amorosa escena del cuarto acto de los *Hugonotes*; el segundo es el que ha suministrado la concepción de *El Profeta*. Ninguna de estas dos formas aventaja á la otra, y su mérito respectivo estriba en la justa aplicación al asunto.

El Profeta, pues, es el resultado de la imaginación y la inteligencia reunidas. Nada da mejor una idea de la significación y poder del talento que el desarrollo del motivo tan sencillo: *Hé aquí al Rey Profeta*, cantado por los niños de coro en la catedral de Munster en el acto cuarto, pues que, trasformado de diversos modos en las escenas sucesivas, concluye por ser el tema principal de las formidables combinaciones del magnífico final que solo Meyerbeer ha podido hacer tan admirablemente.

Antes de pasar adelante, vamos á dar una ligera idea de los sucesos sobre que está desarrollado este drama.

Después de la reforma de Lutero, y á principios del siglo xvi, se verificó en Alemania un gran movimiento popular que perturbó completamente la sociedad, pues á pretexto de la revolución religiosa se sublevó á las clases pobres contra los señores y sus casas, que arrasaban con furor. Estos sectarios se llamaban *anabaptistas*, tomando ese nombre porque imponían á sus neófitos un nuevo bautismo. Entre los que se calificaban de *enviados de Dios* para predicar la igualdad de condiciones, se hizo notar en primer término un tal Bokold, conocido por Juan de Leyde, á causa de haberse educado en esta ciudad, en donde ejerció sucesivamente las profesiones de sastre y tabernero. Durante cuatro años viajó por Inglaterra y Portugal, volviendo á establecerse en

Leyde, donde casó con la hija de un barquero, y abrió una posada. Joven, y poseído de una vaga ambición, se hizo literato, poeta, y, por último, estudió la teología, que era la ciencia favorita de la época. Sabía la *Biblia* casi de memoria, y predicaba acerca de sus textos, fecundos en toda clase de comentarios. Así pasaba, cuando en 1533, abandonando su posada, tan pobre como antes, marchó á Munster, capital de la Westfalia, y centro de las intrigas de los anabaptistas. Juan se hizo el defensor más enérgico de sus miserables doctrinas. Al abandonar el obispo de Munster su puesto forzosamente, aquellos se apoderaron del gobierno, proclamando á Juan Bokold Rey y profeta de la *Nueva Jerusalem*. Fué coronado en la catedral de dicha ciudad con toda pompa y extraordinaria solemnidad, rodeándose de un excesivo lujo oriental y un serrallo de lindas mujeres, á fin de parecerse más al sabio Salomon, tipo venerable de la majestad hebraica. Iba por las calles con una corona de oro en la cabeza, y colgado sobre el pecho un magnífico collar, del que pendía un globo atravesado por dos espadas, con esta inscripción: *Rey de la justicia terrestre*. En el cinturón que sujetaba su ropaje, se leía: *El poder de Dios es mi fuerza*. Juan de Leyde, á pesar de las locuras y aparato con que desvanecía al pueblo, y en medio de los placeres que saboreaba, no dejaba de considerar la parte difícil y peligrosa de su posición; así es que vigilaba y reprimía á los temerarios, alentaba en su favor á los débiles con la predicación, y enviaba emisarios á todas partes para que sublevaran los pueblos en pro de su causa. Después de un sitio de seis meses, y resistido con gran valor y constancia, asaltaron la ciudad las tropas del obispo de Munster en una horrorosa noche del año de 1535. Juan Leyde fué condenado al suplicio, y con su muerte contuvo el progreso de los anabaptistas, que habían formado la secta más atroz que se originó del protestantismo. Tales son los principales hechos históricos que han dado motivo al libreto de la inspirada ópera de Meyerbeer, que tan fielmente ha sabido representar con su música misteriosa, difícil, enérgica y de rara y armónica instrumentación.

Pasando ahora á ocuparnos de las diferentes y notables piezas que abundan en esta composición, haremos notar la linda cavatina á dúo, en que Berta y Fides piden permiso al conde Oberthal para abandonar su casa, y el salmo de los tres anabaptistas de estilo sombrío y fiero, que se repite con frecuencia

como para denotar el pensamiento fundamental de este drama revolucionario.

En el segundo acto sobresale la romanza de tenor, en que Juan Leyde se niega á creer en su futura grandeza, y el cuarteto entre los anabaptistas y aquel que, cediendo á sus instancias, se dispone á abandonar á su madre, empieza con un largo recitado que prepara el desarrollo de la idea principal, y concluye con un *trío* de excelente melodía.

El terceto entre un tenor y dos bajos que se hace notar en el acto tercero, es uno de los trozos más completos de la partitura; se halla perfectamente espuesta la situación, y su acompañamiento no puede ser mejor, pues paso á paso va espresando la orquesta los episodios que tienen lugar en aquella escena. El recitado con que el falso profeta echa en cara á los soldados su insubordinación, y les obliga á arrodillarse para implorar la misericordia de Dios, es de una gran belleza y lo mismo la plegaria que sigue después. Por último, el himno triunfante que entona Juan de Leyde, con voz sonora y conmovida, es de un verdadero sabor bíblico.

En el primer cuadro del acto cuarto llama la atención un dúo entre la madre del *Profeta* y su prometida, que llegan disfrazadas, reconociéndose al poco tiempo. El estilo de esta pieza es quizás demasiado florido, pero aunque no está muy conforme á la situación que trata de espresar, agrada por su notable combinación. El segundo cuadro de este acto representa la catedral de Munster, en la que entra el *Profeta* precedido de una inmensa comitiva, y rodeado de todos los más altos dignatarios que asisten á la coronación. La marcha que acompaña al cortejo es bellísima, igualmente que el recitado en que Fides maldice al impostor. La escena que sigue, en la cual Fides reconoce á su hijo en el falso *Profeta*, es patética y conmovedora.

Últimamente, en el quinto tiene lugar la catástrofe, sobresaliendo un terceto entre Juan, Fides y Berta, y el aria báquica cantada por el *Profeta* antes de morir sepultado entre las ruinas de su magnífico palacio.

Con dificultad podrían haberse encontrado mejores intérpretes de tan admirable ópera que los que la han cantado en esta ocasión en el teatro Rossini.

Tamberlick es el insigne tenor, de prodigiosa voz, que parece no perderla nunca; pues, á medida que aquella disminuye, aumenta considerablemente el sentimiento, la manera de decir y otras cualida-

des especiales, de que antes no se cuidaba, porque le bastaba la estension y poder de su órgano para producir el gran efecto que apetecía, y que ahora, como entonces, consigue igualmente, pues se encuentra en el verdadero punto; porque sabe espre-sar realmente, y de una manera encantadora, la pa-sion, el sentimiento y la verdad del asunto. Otra cualidad notable que posee el Sr. Tamberlick, es la limpieza y sonoridad de su articulacion: en su boca tiene la hermosa lengua italiana todo su delicado sa-bor, y se oyen las palabras con la modulacion y acento que corresponden. Esta escelente vocalizacion y su manera de recitar añaden un nuevo encanto á la música dramática. Por de más casi está decir que el público comprendió perfectamente tan esce-lentes dotes que adornan á este tenor, de cuales hizo ostentacion en su difícil papel, prodigándole ruidos aplausos, y siendo llamado á la escena al final de los actos tercero, cuarto y quinto.

La Sra. Didier desempeñó admirablemente su parte, especialmente en el acto cuarto, en el cual representó muy bien la complicada situacion dra-mática, que es el punto culminante de la obra. Por ello mereció ser aplaudida, así como en el duo con que empieza este mismo acto.

La señorita Garulli y el Sr. Vialetti contribuyeron tambien poderosamente al buen éxito de la obra, obteniendo igualmente repetidos aplausos en las piezas que cantaron.

Por último, hay que hacer especialísima mencion del Sr. Gaztambide por la escelente orquesta que ha sabido reunir, y que dirige notablemente; pues, á no ser así, hubiera pasado casi desapercibida la ad-mirable instrumentacion que esta ópera tiene.

FELIPE PEREZ DE ANAYA.

MÁXIMAS.

Hay una mujer que es el origen de todas las gran-des cosas.—(Lamartine.)

En la mujer existe todo lo agradable.—(Duparty.)

Aquel que no juzga los cambios en amor como su destruccion, no conoce el amor.—(Perre Lerause.)

El celoso encuentra siempre más de lo que bus-ca.—(Mad. de Escudery.)

Amad: no hay otra cosa de bueno en la vida.—(Jorge Sand.)

El amor no tiene edad: siempre está naciendo.—(Pascal.)

El amor cree todo lo que teme.—(Héloise.)

Entretenerse mano á mano sobre los misterios del amor, es jugar con fuego sobre un barril de pólvora.—(Levis.)

La moda es el idolo y la única literatura de las mujeres.—(Havier Eyma.)

El pudor es la más bella de las creencias despues de la de Dios.—(Chateaubriand.)

Si quieres decir la verdad, no digas nunca que no amarás más.—(Félix Faucon.)

El primer mérito de las mujeres, frente á frente de los hombres, es estar lindas; su mayor placer oír que se lo digan.—(Mad. d'Arconville.)

El corazon tiene sus razones que no conoce la razon.—(Bossuet.)

Generalmente no se encuentra en los matrimo-nios lo que no se busca. El que no ha pedido más que dinero, no tiene derecho á esperar placer. El que ha sembrado ambicion, no recogerá amor.—(A. Grúa.)

El arte de hacerse amar las mujeres, es el arte de defenderse.—(Mad. Carlotte de Latour.)

ESPLICACION DEL FIGURIN

NÚM. 2511 QUE REPARTIMOS CON EL NÚM. 127 DE «LA VIOLETA.»

TRAJES DE PRIMAVERA.

Primera figura. Vestido de foulard color de rosa con un rayadito muy fino; el bajo de la falda está adornado con un volantito tableado de tafetan, interrumpidas cada tres tablas por una punta de cinta rodeada de encaje yak. Cuerpo escotado, mangas cortas, pe-lerina cuadrada, y mangas largas de tul guarnecidas de cuentas y encajes. Gorra catalana de tul bordado, adornada con terciopelos y un puñal atravesado en lo alto de la cabeza. Cinturon de cinta ancha con largas caidas que descienden por detrás, adornadas con encaje yak.

Segunda figura. Vestido de foulard moteado. El bajo de la falda está compuesto de muselina bullo-nada, sobre la cual se entrecruzan cintas de tafetan color malva. Cuerpo escotado con manga larga de codo. Canesú igual á la falda. Prendido de cintas en la cabeza.

Tercera figura. Primer vestido de tafetan azul, con cuerpo escotado y mangas cortas, adornado en el bajo de la falda con un escarolado. Segundo ves-tido de muselina, blanco, con cuerpo alto y mangas largas, abierto por delante de alto abajo, y guar-necido de un volantito plegado. Se cierra con boto-nes de nácar. Cintura redonda, y hebilla de nácar. En los cabellos una cinta azul.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.

sterios
e pól-

de las

spues

a que

rente

er oir

ce la

imo-

más

r. El

or.—

arte

«LA

con

or-

m-

ada

de-

las

lo,

en

on

as

El

o-

n

le

n

,

a

s

.

.

.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N° 13 Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

